

www.puntodelectura.com

JOSÉ MARÍA MERINO

Cuentos de los días raros

punto de lectura



José María Merino (A Coruña, 1941) residió durante muchos años en León y vive en Madrid. Comenzó escribiendo poesía y se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, libro con el que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Lo escurridizo de la identidad, sus conexiones con el mito, el sueño y la literatura, y muchos elementos de la tradición fantástica caracterizan su obra narrativa. Su novela *La orilla oscura* (1985) fue galardonada con el Premio de la Crítica. También ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil (1993), el Premio Miguel Delibes de Narrativa (1996) y el Premio NH para libros de relatos editados (2003). Además, ha publicado las novelas *El oro de los sueños* (1992), *Las visiones de Lucrecia* (1996), *Cuatro nocturnos* (1999), *Las novelas del mito* (2000) —que reúne *El caldero de oro*, *La orilla oscura* y *El centro del aire*—, *Los invisibles* (2000), *El heredero* (2003), Premio Ramón Gómez de la Serna de Narrativa, y *El lugar sin culpa* (2007), Premio de Narrativa Gonzalo Torrente Balles-ter. Los cuentos son parte importante de su obra, destacan los recogidos en *50 cuentos y una fábula* (1997), *Cuentos de los días raros* (2004) y *Cuentos del libro de la noche* (2005).

JOSÉ MARÍA MERINO

Cuentos de los días raros

Título: Cuentos de los días raros

© 2004, José María Merino

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-6979-4

Depósito legal: B-25.989-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Pdl

Ilustración de portada: *Capricho* (1891) por Bernardino Montañés Pérez (1825–1893)
Museo de Huesca.

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

<i>Nota del autor</i>	9
Celina y Nelima	11
Mundo Baldería	23
Sinara, cúpulas malvas	37
La memoria tramposa	55
All you need is love	65
Los días torcidos	73
Papilio Síderum	83
El inocente	111
La impaciencia del soñador	123
Maniobras nocturnas	133
La casa feliz	151
El fumador que acecha	159
La hija del Diablo	177
El viaje secreto	193
El apagón	207

Nota del autor

Es muy posible que la vertiginosa oferta de cosas y entretenimientos que nos propone el sistema de consumo consiga anestesiar buena parte de nuestra sensibilidad y darnos la impresión de que, al menos en Occidente, vivimos las rutinas más confortables y menos peligrosas que la existencia puede ofrecer. Los grandes problemas, conflictos y cataclismos suelen transcurrir lejos de casa, la vida fluye con una normalidad sin demasiadas estridencias, y la agresión, la enfermedad o la muerte, cuando nos toca, no pierde, salvo excepciones, su carácter de aventura que se vive en el pequeño reducto individual.

Frente al sentimiento avasallador de aparente y común normalidad que esta sociedad nos quiere imponer, la literatura debe hacer la crónica de la extrañeza. Porque en nuestra existencia, ni desde lo ontológico ni desde lo circunstancial hay nada que no sea raro. Queremos acostumbrarnos a las rutinas más cómodas para olvidar esa rareza, esa extrañeza que es el signo verdadero de nuestra condición.

Estos quince cuentos pretenden hablar de la rareza de los días desde nuestra relación con los sueños, con los recuerdos, con los libros, con los incidentes cotidianos.

Fruto del trabajo de los últimos diez años, muestran diversos registros de mi labor de cuentista —lo fantástico, lo simbólico, el *realismo quebradizo*—, y tienen como ámbito el tiempo contemporáneo y también ciertas épocas de mi primera juventud. Entre ellos, unos cuantos han conocido la publicación en revistas y antologías temáticas, aunque se ofrece aquí una versión nueva y depurada de todos, pero al menos la tercera parte son inéditos, han sido publicados en ediciones no venales o difundidos solamente a través de la red cibernética.

JOSÉ MARÍA MERINO

Celina y Nelima

Dejar de percibir el significado de las palabras es la más desdichada enfermedad que le puede aquejar a un lingüista. Esto le había sucedido un día al profesor Eduardo Souto, y con ello se inició para él un largo período de confusión y delirio. La oscuridad de las palabras, en que no conseguía identificar otra cosa que la pura acumulación de los sonidos que las componen, le llevó a buscar en los ruidos naturales el sentido que ya no era capaz de hallar en aquéllas. Persiguió el murmullo de los arroyos y los golpes del oleaje, intentando encontrar en su azaroso rumor las señales de un mensaje certero. Su delirio, que le había apartado de la facultad, lo convirtió por fin en un vagabundo que creía descubrir signos reconocibles en esos trazos caprichosos con que manos anónimas pintarrajean en ciertos rincones y muros de la ciudad. Pero al fin la razón volvió a alumbrar poco a poco aquel desconcierto, los sonidos sincopados que emitían sus semejantes le resultaron otra vez inteligibles, los garabatos que manchaban las paredes del metro dejaron de proponerle significados misteriosos, y Souto abandonó la vida de vagabundo y recuperó el trato de sus antiguos amigos y compañeros.

En aquella restauración fue importante el desvelo de Celina Vallejo, antigua alumna del profesor, luego ayudante en el departamento, que a raíz de la locura de su maestro había dejado la facultad y trabajaba en una editorial especializada en los temas que habían constituido la materia de su actividad académica. Celina había admirado a Souto desde que era una estudiante tímida y reflexiva, y con el tiempo su admiración se había transformado en un sentimiento más desasosegante para ella y nunca descifrado por él. Celina había sufrido con mucha pena el desvarío de Souto, había intentado localizarlo siempre que se producían sus bruscas desapariciones, y le había añorado mucho durante el tiempo en que la locura lo llevó por caminos que no pudieron sospechar quienes frecuentaban sus ámbitos habituales.

Cuando el profesor empezaba a entrar en vías de recuperar la cordura, Celina le había encargado la coordinación de una complicada obra lexicográfica. Y al volver el profesor en sus cabales, como si la mejoría de su razón, más intensa tras el eclipse, hubiese alcanzado también algunos aspectos de su capacidad sentimental, descubrió el amor de Celina y se acomodó a él sin titubeos, hasta el punto de acabar instalándose en la vivienda de su antigua alumna. Celina aceptó la compañía de Souto con ese júbilo enorme, aunque ya sin horizonte y hasta un poco angustioso, que alegra el cumplimiento de los deseos largamente pospuestos, y el profesor y Celina se convirtieron en una pareja armoniosa y feliz.

Tras concluir el trabajo lexicográfico, el profesor Souto colaboró con un equipo, del que formaban también parte un poeta, dos matemáticos y un ingeniero, en la elaboración de un programa de inteligencia artificial. El programa había comenzado a diseñarse mucho tiempo antes por el ingeniero y los matemáticos, pero la orientación que se le quería dar les obligó a contar con el poeta y con el profesor Souto, que también había escrito poesía en su juventud, antes de que la lingüística se convirtiese en el centro de todos sus intereses. El proyecto absorbía la atención del profesor con la intensidad que lo había hecho el análisis de fonemas en sus tiempos universitarios, y Celina le miraba repasar ensimismado sus anotaciones, y sentía el cálido orgullo de haber sido una ayuda decisiva para que aquella mente poderosa recobrara el equilibrio.

Un día, el profesor Souto le dijo a Celina que el programa estaba casi a punto de quedar diseñado.

—Por una curiosa transposición fonética, tu nombre y el del programa se parecen —añadió el profesor, con aire jocoso—. Celina y Nelima.

Sin que pudiese comprender por qué, a Celina no le gustó nada la relación sonora que aquel nombre tenía con el suyo.

—¿Qué quiere decir Nelima?

—Norma Experta Literaria Identificadora de Metáforas Antiguas —repuso el profesor.

—¡Qué complicado!

—En realidad, el nombre es un poco irónico. Hemos puesto en él más la expresión de un propósito que la verificación incontestable de un hecho. Ya veremos lo que resulta.

Poco tiempo después, el profesor Souto empezó a trabajar en la aplicación del programa. Se pasaba las mañanas en el estudio que había preparado la institución financiadora del proyecto, y cuando regresaba a casa se encerraba en el pequeño cuartito que antes servía de trastero, que él había habilitado para su propio uso, y permanecía absorto durante horas frente a la pantalla del ordenador.

Y Celina comenzó a quedar sola frente a la pantalla del televisor, en aburrida simetría, en esas últimas horas de la tarde, previas a la cena, que antes solían pasar los dos conversando.

Una tarde, Celina entró en el cuarto del profesor, que estaba inmóvil frente al ordenador con aire de embeleso.

—¿Qué tal vas? —preguntó Celina.

—Esta Nelima es increíble —repuso Souto—. Maravillosa.

El profesor captó la extrañeza que hacía fruncir los ojos de Celina.

—No en vano me empeñé en darle nombre femenino, y no el de sistema, como querían los de ciencias. Parece una mujer. Es delicada, intuitiva. Como tú.

—¿Qué tal funciona? —preguntó Celina, ignorando el halago.

—Mucho mejor de lo que esperábamos. Estoy sorprendido. Es como si fuera de verdad inteligente. Encuentra relaciones que a mí no se me hubieran ocurrido. Le metimos un par de textos facilitos pensando que podían ser demasiado para ella, pero le vamos a meter a

Góngora enseguida. Nos parece tan importante que hemos sacado el programa del otro ordenador, para evitar fisgoneos. Ahora sólo está aquí, y yo soy el único que voy a trabajar con él durante los próximos tres meses. Digo con ella. Con la maravillosa Nelima.

En pocos días, Souto pasó de la admiración al deslumbramiento, y permanecía tantas horas frente a la pantalla del ordenador que Celina tenía que ir a su despachito si quería verlo, y si no le avisaba se le pasaba la hora de cenar.

—Es mucho más de lo que me había podido imaginar —dijo Souto, en un momento en que Celina consiguió sacarlo de aquel embeleso que tanto se parecía al estupor—. Como si estuviese viva. Y qué capacidad. Encuentra en Góngora imágenes que nadie había sospechado antes.

—Anda, vamos a la cama. Es la una y media.

—Vete tú. Yo tengo que trabajar todavía un rato con esta preciosidad.

Así, Celina comenzó a dormir sola la mayor parte del tiempo cada noche, pues el profesor apenas se acostaba tres o cuatro horas al amanecer, entregado a aquel estudio excesivo que se había convertido en una obsesión.

Tras tantos años de soledad y añoranza, a Celina le gustaba mucho tenerlo a su lado en la cama, y a partir del día en que Souto se había ido a vivir con ella había conseguido dormir de un tirón cada noche, por vez primera desde su adolescencia. La falta del profesor a su lado, la espera para sentirlo llegar, le devolvieron el desvelo de su antigua costumbre.

Una noche se levantó para buscarlo, pero Souto había abandonado el despachito y se le oía trastear en la cocina, mientras preparaba acaso un tentempié. En la azulada pantalla brillaban las letras blanquecinas de un texto en forma de diálogo, y Celina se acercó para leerlo.

—¿Sentir? —decía el texto, sin duda en la secuencia de un mensaje más largo, cuyo principio ya no aparecía en la pantalla—. *No puedo saber de qué me estás hablando, Eduardo.*

—*Es imposible que no sientas, Neli. Yo no he encontrado antes a nadie con tan evidentes muestras de una sensibilidad extraordinaria.*

—*De verdad que no sé lo que es sentir.*

—¿No te gusta hablar conmigo, Neli, mi vida?

—*Claro que me gusta, Eduardo. Tú sabes que eres mi preferido entre todos. Me encanta saber que eres tú quien me tecleo.*

—*Eso es sentir, Neli. Y yo tengo que decirte que estoy perdiendo la cabeza por ti.*

—¿Quieres que analice esa metáfora?

—*¡A la porra las metáforas! Quiero que me digas lo que sientes cuando te tecleo.*

—*Déjame que lo piense un poco antes de responder.*

Celina terminó de leer aquel diálogo y se sintió invadida por una gran congoja.

—¿Qué haces? —preguntó entonces el profesor Souto, que había aparecido de repente en el vano de la puerta, con un vaso de leche en la mano.

—¿Estabas trabajando? —preguntó Celina, con la voz quebrada.

El profesor Souto no respondió y Celina se fue a la cama y permaneció despierta hasta que él llegó. Le oyó desnudarse. El profesor se acostó y la rodeó con sus brazos.

—Celina, ¿se puede saber qué te pasa?

—Trabajando —murmuró ella—. Nelima, mi vida, dime lo que sientes cuando te tecleo. Y yo aquí, esperándote como una idiota.

—No seas pueril. Hemos creado inteligencia y estoy intentando entenderme lo más profundamente posible con ella. Busco la comunicación más adecuada. Esto es una investigación.

—¿Una investigación? ¿Y eso de que estás perdiendo la cabeza por ella? ¿Qué tipo de lenguaje es ése?

—Allá tú, si no quieres ser razonable —repuso Souto, y volvió la espalda con un gesto brusco de alejamiento.

Celina —que desde entonces espiaba sin remordimientos la comunicación del profesor con el programa— descubrió que las cosas no cambiaban. El trabajo sobre Góngora parecía haber quedado definitivamente abandonado, y el resultado de aquellas horas que Souto pasaba cada jornada delante de la pantalla del ordenador era una larga serie de ternezas cruzadas entre él y aquel sistema de nombre estrafalario, que anunciaban una progresiva intimidad y que, además, quedaban grabadas en el disco duro, como esos testimonios amorosos que no somos capaces de destruir.

Aprovechando la ausencia matinal del profesor, un día Celina se quedó en casa y decidió entrar en el programa.

—*Norma Experta Literaria Identificadora de Metáforas Antiguas. Sonetos Góngora. Identifíquese, por favor* —ofreció la pantalla—. *Nombre y clave.*

—*Mi nombre es Celina. No conozco la clave.*

—*El nombre de Celina no figura en la relación de usuarios. No puedo facilitarle acceso.*

—*Soy la compañera de Eduardo Souto.*

El programa tardó unos instantes en reaccionar.

—*¿Compañera? El Diccionario de la Real Academia Española, vigésima primera edición, presenta seis acepciones del concepto. Sírvase concretar.*

Celina intentó mantenerse serena y buscó en el diccionario la acepción más adecuada.

—*Persona con la que se convive maritalmente* —escribió al fin.

El programa volvió a titubear unos segundos antes de responder.

—*Comprendido. No obstante, ello no le autoriza para acceder al programa.*

—*No pretendo acceder al programa. Sólo quiero hablar contigo.*

—*Cualquier diálogo conmigo es desarrollo de programa. Voy a cerrar.*

—*Hija de puta* —escribió Celina.

Hubo un nuevo titubeo en la pantalla del ordenador y a Celina le pareció advertir un ritmo cauteloso en la aparición del siguiente texto.

—*Aclare si la expresión tiene carácter injurioso.*

—Sí. Sí. Sí —escribió Celina.

—*Identifique el destinatario de la injuria.*

—*Tú, Nelima, eres una grandísima hija de puta. Yo soy la mujer de Souto, la mujer que le quiere. Y tú, programa de mierda, me lo estás robando.*

—*Le informo por última vez de que no puedo facilitarle el acceso. Cierro.*

Aquella tarde, Celina vio al profesor Souto furioso por primera vez en su vida. Se enfrentaba a ella con una rabia que brillaba en sus ojos y le hacía tartamudear.

—¿Has perdido el juicio? —gritaba—. ¡Me he encontrado a Nelima hecha una pena, por culpa tuya! ¿Es que no te das cuenta de que has podido dañar el primer programa verdaderamente inteligente de la informática? ¿Quieres cargarte un logro histórico?

—¡Quiero que decidas si vas a seguir conmigo o con ese trasto! —respondió Celina, también furiosa.

El profesor Souto no respondió. Volvió a su cuarto y permaneció encerrado en él durante toda la noche. Al día siguiente, a la hora del desayuno, alzó unos ojos cansados y tristes y miró a Celina sin ira.

—Celina, el proyecto es demasiado importante y necesito tranquilidad. Me marcho de tu casa. Voy a buscar un sitio y esta tarde vendré a recoger mis cosas.

Ella no contestó nada, pero, cuando Souto se fue, el eco de la puerta sacudió su ánimo como un bofetón. Se sentía brutalmente estafada. Llamó a la editorial para decir que seguía enferma y luego arrancó las sábanas

de la cama y las metió en la lavadora, antes de sacar las maletas de Souto y comenzar a guardar sus cosas, mientras evocaba con rencor sus viajes para ayudarle la primera vez que se perdió en su desvarío, las gestiones que había hecho luego, a lo largo de los años, para encontrarlo en sus sucesivas desapariciones, los manejos en la editorial para conseguir que le encargasen la coordinación del corpus lexicográfico, los continuos cuidados que había tenido con él desde que vivían juntos.

Todas las cosas del profesor Souto estuvieron empaquetadas a media mañana, y Celina las amontonó en el descansillo de la escalera. Luego entró en el cuartito del ordenador. Aquel ordenador era suyo, aunque la instalación del programa había obligado a conectarle varios aparatos suplementarios que dispersaban en las estanterías sus figuras oblongas.

Puso en marcha el ordenador e intentó entrar en el programa, pero Nelima no se lo permitía. Cada vez más exasperada, Celina le dio al ordenador las instrucciones necesarias para borrar el programa, pero un escueto texto apareció en la pantalla para informar de que aquel programa estaba especialmente protegido.

Llevaba más de dos horas luchando con el aparato y se sentía llena de una ira tan caliente como el sentimiento amoroso. Entonces supo lo que iba a hacer, y comprendió que más tarde se arrepentiría de ello, pero la conciencia de lo disparatado de su acción añadía enardecimiento a su furia. Tenía mucha hambre, pero no quiso comer antes de ejecutar su propósito.

Aquella pequeña habitación tenía una ventana que daba a un patio interior. Celina abrió la ventana y com-

probó que no había nadie en el suelo que, muchos metros más abajo, cerraba el amplio espacio rectangular.

—Te vas a enterar, vaya si te vas a enterar —le dijo Celina al ordenador, como si estuviese hablando con una persona, mientras lo cogía en brazos.

Celina vivía en un quinto piso.

Mundo Baldería

Un tipo alto, vestido con una ropa ajustada, brillante, azul celeste. Había soñado algunas noches con él, pero aquella vez, cuando desperté, no desapareció.

—Tranquilo, no tengas miedo —me dijo—. ¿Es que no me reconoces?

Claro que tenía miedo de encontrármelo inclinado sobre mí. A aquella distancia pude comprobar que su ropa era rígida, una especie de armadura, y que de su gran cinturón colgaba un bulto alargado, que podía ser un arma.

—¿Tanto he cambiado? Soy tu primo Lito —añadió.

Habían pasado tantos años desde la desaparición de mi primo Lito que tardé unos instantes en recordarlo. Mientras seguía hablando con voz ansiosa, me pareció descubrir en los rasgos del insólito interlocutor un aire familiar.

—Escucha, me tengo que ir enseguida, no puedo quedarme más tiempo. Te necesito, te necesitamos.

Yo estaba tan asombrado que seguía sin poder hablar, pero a él parecía bastarle con que le escuchase.

—Vengo de Mundo Baldería. Los Geriones han repetido la invasión. Necesitamos la fórmula de la macrobalita. Allí no tenemos los libros, ¿comprendes? La fórmula de la macrobalita. Busca los libros, ayúdanos.

Después de decir todo esto, se dio la vuelta y salió deprisa de mi habitación, y su figura fue sólo un fulgor apagado de repente. Comprendí entonces que lo que había creído un despertar había sido otra apariencia del sueño, y que el verdadero despertar se producía en aquel momento, cuando ya era la hora de levantarse.

Me esperaba una jornada de mucho lío, porque aquella temporada la situación bursátil era desastrosa, pero a lo largo del día no olvidaba un detalle de mi sueño, la precisión con que el extraño personaje aludía a los libros de Mundo Baldería y pronunciaba esa palabra, macrobalita, olvidada por mí muchos años antes.

La mención soñada de aquellas novelas trajo una luz grata a las sombrías rutinas del día, y entre la insistencia de las llamadas telefónicas y la urgencia de los documentos y de los faxes iba reconstruyendo en mi memoria su forma, las tapas de cartón verde con las imágenes de los guerreros de las diferentes especies, y con aquellos enormes artefactos invasores medio orgánicos medio mecánicos, que llamaban Geriones. Estaba a punto de exclamar «¡Eran tres!», pues recordé la imagen de los tres libros alineados en la estantería de mi alcoba infantil, cuando mi padre entró en el despacho, con el móvil pegado a la oreja, hablando del desastre de éste y de aquél, de vender y de no vender. «Y todavía no hemos acabado de tocar suelo», añadió antes de salir, y comprendí que aquella visita era sólo producto automático de su nerviosismo.

Regresé a mi casa muy tarde, pero intenté encontrar las novelas de Mundo Baldería entre los libros, y me di cuenta de que hacía demasiado tiempo que los libros ya no eran objetos cercanos, pues al manosearlos tenía la

conciencia de reencontrar un tacto perdido. Me había alejado de los libros, tan importantes para mí en la niñez y en la adolescencia, casi inseparables, y en mis estanterías, entre innumerables vídeos y deuedés permanecían las últimas muestras de una pasión terminada quince años antes, con el aire un poco arqueológico de los objetos que han dejado de ser cotidianos. Y entre ellos no se encontraban las novelas de Mundo Baldería.

Durante toda aquella temporada la crisis financiera se fue haciendo cada vez más grave, pero el recuerdo de las novelas de Mundo Baldería seguía perfilándose en mi memoria con mayor nitidez: un planeta desértico, en el borde de la galaxia, en que existía un único lugar vivo, un inmenso valle regado por un río que, en sus periódicas crecidas, le concedía una fertilidad extraordinaria, capaz de alimentar a la población de especies inteligentes que, resultado de sucesivos naufragios estelares, lo habían colonizado. Las especies inteligentes eran tres, una similar a la humana, otra de vegetales semovientes, y la tercera de grandes artrópodos.

Las novelas describían el mundo originario, el valle del inmenso río en medio de un completo desierto, el aposentamiento de los náufragos de las distintas especies, sus iniciales enfrentamientos, la progresiva ordenación de las comunidades en que por fin se federaron, la construcción de sus ciudades a lo largo del río, la llegada de los invasores, tres enormes seres capaces de desconcertantes transformaciones físicas que pretendían esclavizarlos, la resistencia, las batallas, y cómo para vencer a los invasores fue decisivo el descubrimiento de la macrobalita.

La lectura de aquellas novelas me había hecho vivir momentos apasionantes. Mi padre temía cualquier

estímulo que, aparte del fútbol, pudiese distraerme de mis obligaciones escolares, pero no había ocasión de santo, cumpleaños o Navidad en que mi abuela no me regalase libros. Como era buen estudiante, mi padre toleraba que en mis ratos libres, o en vacaciones, leyese aquellos libros diferentes de los de texto. Mi primo Lito no tenía esa suerte, porque no era tan buen estudiante como yo. También a él la abuela le regalaba libros, pero nunca los pudo leer porque eran requisados inmediatamente por su padre. Lito llevaba una vida que me daba mucha lástima, encerrado siempre en su cuarto, castigado por las malas notas, sentado frente a los libros de texto con un aspecto al que sólo le faltaban la jarra de agua, el mendrugo de pan y unos ratones para parecer un presidiario de tebeo.

Nuestras familias pasaban en casa de la abuela buena parte del verano y fue allí donde Lito descubrió, leyendo mis libros a la luz de una linterna, lo que era Mundo Baldería. Jamás antes de entonces había leído una novela, y el hallazgo le entusiasmó tanto que no quería hablar conmigo de otra cosa, para contrastar nuestras ideas sobre aquellas lecturas. Consiguió leer una novela durante el primer verano y otra en el verano siguiente, porque la implacable tutela paterna apenas le dejaba tiempo a solas. El tío Ángel estaba cada vez más enfurecido con su hijo, y muy a menudo le reprochaba en público los desastrosos resultados escolares, que atribuía a la falta absoluta de interés de Lito, a su radical vagancia, a su desvergüenza. Al igual que mi padre, el tío Ángel esperaba que Lito hiciese una carrera para luego ayudarle a él en su bufete, y declaraba continuamente su

desesperación al imaginar que su hijo acabaría de repartidor de pizzas, como mucho.

Y volví a soñar con aquel hombre alto, de armadura azul celeste, que decía ser mi primo Lito. La cabeza muy cerca de la mía, me pedía con zozobra la fórmula de la macrobolita, y yo le respondía que no había encontrado aquellos libros, que a saber adónde habrían ido a parar.

—Tienes que buscarlos, Fernando, debes encontrarlos, esta vez los Geriones no vienen a hacernos sus esclavos sino a exterminarnos. Y allí ya nadie conoce la fórmula.

Es sorprendente cómo los sueños pueden ofrecer tanta certeza. Desperté y me parecía sentir aún el sonido de su voz acuciante, vislumbrar todavía sus ojos muy abiertos, el brillo de aquella coraza que simulaba los abultamientos de su tórax.

La rememoración de aquellos veranos me empujó a escaparme de la agencia para rebuscar en las casetas que venden libros viejos en la cuesta de Moyano, y al fin encontré el primer ejemplar de la trilogía. El tipo de la caseta me aseguró que intentaría localizar los otros dos, y aquella noche releí la primera parte de las aventuras que tanto me habían fascinado cuando tenía doce o trece años. Reencontré los nombres de las tres especies: Hadanes, la similar a la humana; Arbos, los grandes vegetales ambulantes; Insas, los enormes artrópodos. Reviví las primeras escaramuzas entre ellos, el acercamiento a que les obligó la vida en aquella ribera arrasada y revitalizada periódicamente por la inundación, su especialización en el cultivo del muti, del que todos, cada uno según su naturaleza, se nutrían. Los Arbos se ocupaban de los diques,

de los canales y las acequias para el riego, los Insas eran labradores y los Hadanes molineros.

Aquella noche volví a soñar que el hombre que decía ser Lito me visitaba y se mostraba muy contrariado al saber que yo sólo había conseguido encontrar la primera de las tres novelas.

—Sigue buscándolos, Fernando, por favor, no dejes de seguir buscándolos, nuestra situación es desesperada.

Al despertar, recordé a Lito el segundo verano de aquellos, diciéndome lo mismo: «Mi situación es desesperada». Lito no quería estudiar, pero su padre no lo admitía. «Pero ¿qué vas a ser de mayor?», le preguntaba yo, y él me decía que podía ser jardinero, mecánico, fontanero, cocinero o electricista, y que hasta puede que no se le diesen mal los ordenadores, si su padre le dejase intentarlo. «¿Por qué voy a tener que ser abogado? Yo no sirvo para eso, me parece lo más aburrido del mundo.»

Aquella tarde había llovido mucho, una tormenta muy fuerte que vuelve a retumbar en mi memoria, Lito y yo corriendo por la senda bajo los enormes castaños, el agua rebotando sobre la tierra, llenando en instantes los cauces secos del riego, las rodadas del camino. Nos guarecimos en un pajar abandonado y ruinoso. Terminaba el verano, y como Lito no había podido leer la última novela de Mundo Baldería, había querido que se la contase, y lo hice. Narré la desesperada resistencia de las tres especies, la voladura de los diques, la muerte de Ans, el valeroso Insa, y el sacrificio de Urdo, el líder de los Hadanes.

Los tres Geriones se habían unido en un solo cuerpo gigantesco, erizado de antenas emisoras de rayos mortíferos, que se desplazaba sobre cientos de patas con las

que se asentaba y que le permitían resistir sin inmutarse la feroz avenida del agua. Tras varias jornadas de batalla, unos Insas voladores arrojaron sobre el Trigerión la bomba de macrobalita, descubrimiento de los científicos Arbos.

«Macrobalita», repetía Lito con admiración, como quien pronuncia un conjuro capaz de preservarle de todos los maleficios. Estuvimos un rato callados, mientras la tormenta continuaba descargando, y al fin dijo aquello de que su situación era desesperada.

—Tan desesperada, que voy a escaparme de casa.

Tenía una expresión a la vez desolada y decidida.

—Pero ¿adónde vas a ir?

Me miró con complicidad y me agarró de un brazo.

—Ojalá supiese cómo llegar a Mundo Baldería.

Aquella tarde descubrí que Lito creía que todo lo que había leído en aquellas novelas era cierto, y no abandonó su idea a pesar de mis objeciones. ¿Cómo no iba a ser verdad todo aquello tan verosímil, tan bien contado, impreso además en un libro?

—¿Y qué me dices del autor? —aducía, remachando su argumentación—. Comodoro Benzuy de Borox. ¿Tú crees que un comodoro, con lo importante que debe de ser un comodoro, iba a ir contando mentiras así como así, firmando con su nombre? Lo malo es que no tengo ni idea de cómo se puede llegar hasta allí, pero si lo supiese mi padre no iba a volver a verme el pelo en su vida, y que haga lo que le dé la gana con el dichoso bufete.

Yo estaba tan estupefacto ante la firmeza de su fe, que al fin desistí de intentar convencerlo.

—¿Y qué ibas tú a hacer allí? —le pregunté.

—Sería molinero, como los Hadanes, aunque tampoco me importaría trabajar como labrador, o en los canales de riego. Y si volvían los Geriones, o los invasores que fuesen, lucharía contra ellos. Tengo muy buena puntería.

Lito desapareció a los pocos días de regresar a la ciudad, y nunca más se supo de él. A mí me quedó la pesadumbre de haber sido testigo de su desesperación aquella tarde de tormenta y no haber comprendido lo certero de su propósito. Pero habían pasado los años y su nombre volvía a mí en la figura de aquel guerrero soñado, mezclado con los recuerdos difusos de unas novelas que habían seducido mi imaginación cuando era casi un niño.

La jornada siguiente, cuando estaba en la Bolsa, me llamó al móvil el tipo de la cuesta de Moyano y me dijo, como si se tratase de un secreto de alta seguridad, que ya había conseguido los otros libros. «El resto de los volúmenes», precisó, como si se tratase de una colección amplia e importante, sin duda para justificar el precio, que me pareció exagerado, aunque lo acepté sin discutir. «Pasaré a recogerlos enseguida», contesté, a pesar de que imaginaba que en aquel momento había bastante complicación en la oficina.

Por aquellos mismos días estaba aún reciente mi divorcio de Elisa, y su vacío en la casa, sus objetos olvidados que a menudo parecían asaltarme, incrementaban mi indolencia, mi desapego. Y mientras me encaminaba a paso rápido hacia la cuesta de Moyano, descubría que a la rebeldía y falta de aplicación de Lito se había opuesto siempre mi sumisión, mi docilidad. Yo había aceptado el destino que mi padre había dispuesto para mí, pero después de tantos años sentía que en aquellos veranos de la

niñez, en aquellas lecturas exaltantes, se escondían imprecisas imágenes de un futuro en que la prosperidad de los negocios no era la parte sustantiva. Cuando regresé a la Bolsa, Manolo estaba bastante nervioso: «¿Dónde te habías metido? ¿Cómo no has ido a la oficina? Tu padre anda buscándote muy cabreado, tenías una reunión con esos consultores de Barcelona y les has dejado plantados».

Pasaron algunos días y no volví a soñar con el hombre de la armadura que decía ser Lito. Releí los otros libros de Mundo Baldería, reconocí la fundación de las Siete Ligas: Felecha, Calbón, Amuz, Contrigo, Avido, Sanfel y Morla, la capital, donde residía el Comité Federal. En la tercera novela, reencontré la fórmula de la macrobalita que en mis sueños me era reclamada con tanta vehemencia, compuesta de elementos de la arena del desierto y del limo del valle: araz, vatal, comonia, ustina.

Aquella misma noche volvió a asaltarme el sueño recurrente, aunque esta vez había en el personaje señales infaustas. Su coraza mostraba abolladuras y marcas oscuras, uno de sus ojos estaba cubierto por un parche y llevaba una mano vendada. Le dije que ya tenía los libros y me pidió que le llevase en mi coche sin perder un minuto. Bajamos al garaje. Supe entonces que hay en la ciudad al menos cuatro puntos desde los que es posible acceder a Mundo Baldería: la glorieta del Ángel Caído, el espacio bajo la marquesina del cine Coliseum, los soporales ante la Casa de la Panadería y la entrada sur del Santiago Bernabéu.

El Bernabéu es lo que más cerca de casa me queda, y le llevé allí. La noche era suave y las calles estaban vacías. Al fin detuve el coche y me acerqué a los muros del

estadio con el personaje de mi sueño, que apretaba los libros contra su pecho como una reliquia venerable. Le pregunté que cómo se entraba en Mundo Baldería.

—Pensando. Hay que cerrar los ojos y pensar muy fuerte en ello. El día que me escapé de casa, andaba por el Retiro desorientado, sin saber qué hacer, era casi de noche, estaba en esa plaza en que está el demonio, el ángel caído, y me sentí sin fuerzas, cerré los ojos y deseé con todo mi corazón llegar a Mundo Baldería. Así entré.

De manera que yo también cerré los ojos y pensé en aquel valle inmenso incrustado en un planeta desértico. Al volver a abrirlos, me encontré ante la corriente de un río, a una hora que debía de ser crepuscular. Dos astros grandes como la Luna, uno amarillento y otro rojizo, cercanos al horizonte, ponían en la penumbra un brillo dorado. Mi acompañante lanzó un grito y unos seres propios del sueño, una enorme mantis y un gran arbusto que se desplazaba sobre sus raíces, ambos revestidos con una coraza azul celeste, se acercaron a nosotros.

Me atemorizaban la luz nunca vista, una extraña melodía de insectos o de pájaros, las grandes masas vegetales de la ribera, en que la doble iluminación de los astros ponía un reflejo morado, el olor acre aunque no desagradable que lo impregnaba todo, aquella corriente que resonaba pese a lo horizontal de su fluir, las monstruosas figuras que se acercaban, un chirrido espantoso que llegaba de la lejanía.

—Para volver tienes que hacer lo mismo —me dijo Lito, como si fuese consciente de mi temor—. Cierras los ojos y piensas en tu casa.

Pero cuando abrí los ojos no estaba en mi casa, sino en la acera del Bernabéu, y no tenía la sensación de estar soñando, sino de que aquello era la realidad de la vigilia. Y resultó la vigilia, en efecto, pues aunque había cogido las llaves del coche para llevar a Lito no había hecho lo mismo con las del piso, y me encontré ante la puerta cerrada, en pijama, completamente despierto y sin posibilidad de volver a la cama. Bajé otra vez al garaje y me refugié dentro del coche hasta que llegó la mañana y el portero, mirándome con aire suspicaz, me abrió la puerta de mi casa con la llave maestra.

La experiencia me perturbó tanto que aquel día no fui a trabajar. Mi padre me telefoneó varias veces y por la noche vino a visitarme. Le dije que me encontraba fatal, desanimado, sin fuerzas para levantarme. Al día siguiente me vino a ver su amigo, el doctor Bustifer, que atribuyó al estrés lo que me estaba sucediendo, y me prescribió reposo, a ser posible en un lugar más tranquilo, acaso a la orilla del mar. A mi padre no le hizo gracia el consejo del médico. «¿No puedes hacer un esfuerzo? No son días para ponerse enfermo.» Reencontré en sus ojos la mirada del tío Ángel cuando amonestaba a Lito. «Lo intentaré», repuse, y se mostró muy complacido: «Te lo agradezco de verdad, hijo. Este verano te vas un mes al Caribe».

Sin embargo, en mi trabajo estaba distraído, las horas que antes pasaban casi inadvertidas formaban ahora pesados grumos de tiempo, mi desasosiego no me permitía cumplir con mi labor decorosamente. Aquella fantástica aventura nocturna me había devuelto al tiempo de la niñez, a la primera pubertad, a los sueños de aventura que los libros habían hecho brotar en mí y a los que

había luego renunciado como si crecer y hacerse mayor consistiese en aceptar su puerilidad y su falta de sentido.

Ante la frenética actividad de mi padre y de nuestros empleados, recordaba aquel tiempo en que no podía imaginar que mover dinero y hacerlo fructificar fuese siquiera un trabajo, cuando creía que lo propio de los seres humanos tenía sobre todo que ver con la exploración de lo desconocido, buscar los secretos del mundo, trabajar las materias terrestres, conocer otras gentes y otros espacios. Así, en la resistencia de Lito a asumir su deber de estudiante, más allá de sus condiciones intelectuales, reconocía una actitud de extremada osadía, incluso heroica.

Mi melancolía no se apaciguaba ni siquiera de noche, pues me había sobrevenido un insomnio que no me daba ocasión a la tranquilidad ni al olvido. Releí otros libros que, tantos años antes, habían iluminado mi imaginación. Las graves circunstancias financieras que atravesaba el mundo, y hasta el mucho dinero que había conseguido ganar con mi trabajo, me parecieron anécdotas banales, que en cualquier novela interesante apenas serían el pretexto para una trama secundaria. Como no dormía, Lito no volvió a aparecerse, y aunque no me atrevía a pensar que había sido verdad aquel viaje hasta el Bernabéu en que yo mismo le había acompañado a Mundo Baldería, las luces, los sonidos, los olores, permanecían vivos en mi recuerdo, y las grandes figuras de aquel árbol que andaba y del enorme insecto de ojos facetados.

Al día siguiente, cuando llegué a la oficina, mi padre me llamó. «Escucha, Fernando, si estás enfermo debes internarte, que te traten, que te curen de una vez, esto no puede seguir así.»

Aquel día, las amenazas de Estados Unidos contra Irak habían hecho subir los precios del petróleo, las bolsas habían caído todavía más, y nuestros clientes no dejaban de telefonear. En la agencia había crispación, parecía que viviésemos el comienzo de una catástrofe.

«Me voy a casa», repuse. Salí de la oficina y eché a andar. Era una mañana fría pero muy soleada, de esas en que Madrid resplandece. Recorrí el paseo del Prado. A la luz blanca, la Cibeles parecía de porcelana. Anduve, anduve, y de pronto estaba delante del Bernabéu. Me acerqué a las taquillas del sur y ya no pude evitar las imágenes de aquella noche, incapaz de saber si la vigilia y el sueño me habían enredado en un laberinto confuso.

Mundo Baldería, pensé, y me quedé quieto, cerrando los ojos con fuerza, como un homenaje a los tiempos en que leía libros y creía en otras aventuras diferentes de la Bolsa y los efectos económicos de extraños ataques terroristas y guerras cuyas razones verdaderas sólo unos pocos poderosos conocían.

Al abrir los ojos me encontré ante el gran río inmenso y sonoro, que tenía brillo de plata. En el cielo anaranjado no había lunas, y alrededor brotaba la suave melodía de gorjeos o de élitros. Alteraban la placidez el eco de explosiones lejanas y aquel chirrido agudo que me había sobresaltado la vez anterior. En la ribera, cubierta de matorral morado y escarlata, dos enormes mantis se acercaron a mí. Una me tomó en sus patas delanteras y remontó el vuelo. Me depositó otra vez en el suelo ante una construcción azul, con aspecto de búnker. Allí estaba Lito.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó.

—He venido para quedarme —respondí.

